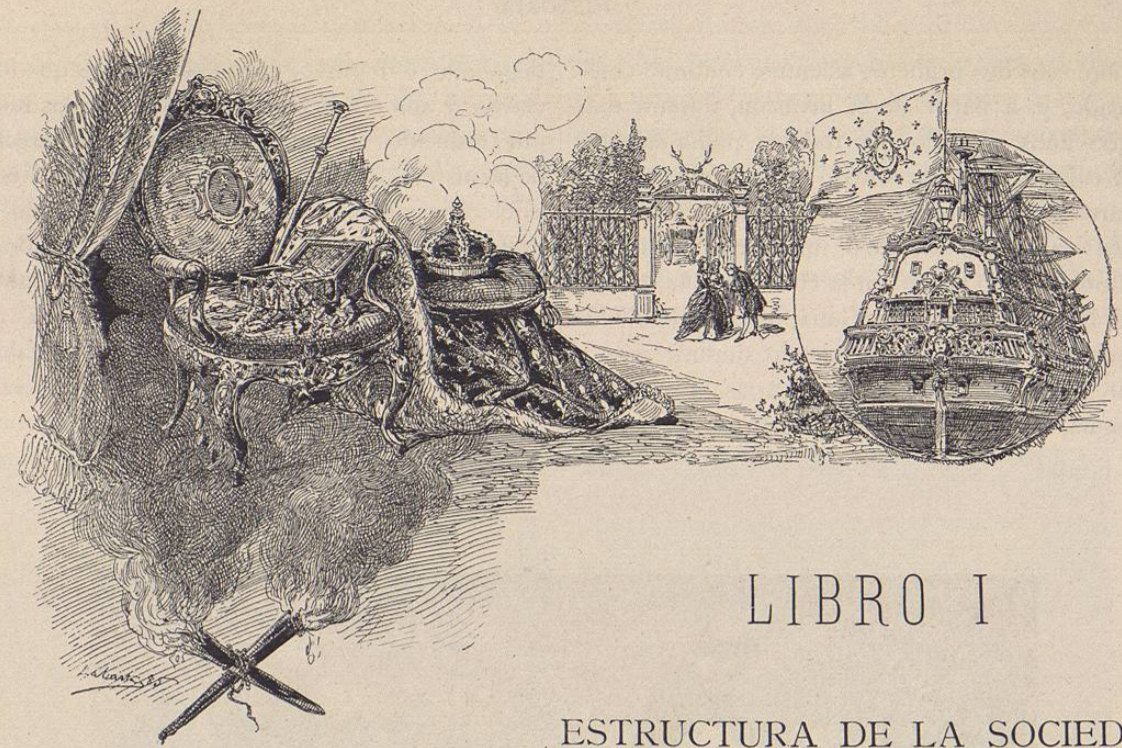


EL  
ANTIGUO REGIMEN  
POR  
H. T A I N E



## LIBRO I

ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD

### CAPITULO PRIMERO

Origen de los privilegios.—I. Servicios y recompensa del clero.—II. Servicios y recompensa de la nobleza.—III. Servicios y recompensa del rey.

**E**N 1789, tres clases de personas, los eclesiásticos, los nobles y el rey, tenían en el Estado puesto eminente con todas las ventajas que el mismo implica, á saber, autoridad, bienes, honores, ó, por lo menos, privilegios, exacciones, gracias, pensiones, preferencias y todo lo demás. Si desde mucho tiempo antes ocupaban tal puesto, es que durante mucho tiempo lo habían merecido. En efecto, por un esfuerzo inmenso y secular, habían construido uno tras otro los tres principales asientos de la sociedad moderna.

#### I

De los tres asientos sobrepuestos, el más antiguo y más profundo era obra del clero: durante 1.200 años y aún más, había trabajado como arquitecto y como albañil, primero solo, luego casi solo.

En un principio, durante los cuatro primeros siglos, hizo la religión y la Iglesia; pesemos esas dos

palabras para sentir todo su peso de un lado, en un mundo fundado por la conquista, duro y frío como una máquina de bronce, condenado por su estructura misma á destruir en sus súbditos el valor para obrar y las ganas de vivir, y al que había anunciado «la buena nueva,» prometido «el reino de Dios,» predicado la tierna resignación en manos del Padre celeste, inspirado la paciencia, la dulzura, la humildad, la abnegación, la caridad, abriéndole las solas salidas por las cuales el hombre sofocado en el eragástulo romano podía todavía respirar y aperebir el día; hé aquí la religión. De otro lado de un Estado que poco á poco se despoblaba, se disolvía y fatalmente se convertía en buena presa, había formado una sociedad viviente, guiada por una disciplina y por leyes, congregada al rededor de un fin y de una doctrina, sostenida por la abnegación de los jefes y la obediencia de los fieles, la única capaz de subsistir bajo la inundación de bárbaros que el imperio en ruinas dejaba entrar por todas sus brechas: hé aquí la Iglesia.

Sobre esos dos primeros asientos, continuó construyendo, y, á partir de la invasión, durante más de 500 años, salvó lo que todavía podía salvarse de la cultura humana. Corrió al encuentro de los bárbaros para detenerlos ó los ganó á su causa tan pronto entraron; ¡servicio inmenso! juzguemos de él por un solo hecho: en la Gran Bretaña, que se había latinizado como la Galia, pero en donde los conquistadores continuaron siendo, durante siglo y medio, paganos, las artes, las industrias, la sociedad, la lengua, todo fué destruído; de un pueblo entero



Los monjes agricultores

se encontrara delante de un brujo. Durante las horas de calma, después de la caza ó de una borrachera, el vago presentimiento de un *más allá*, misterioso y grandioso, el sentimiento oscuro de una justicia desconocida, el rudimiento de conciencia que tenía ya en sus bosques de ultra Rhin, despierta en él por medio de súbitas alarmas, por medio de visiones amenazadoras. En el momento en que se dispone á violar un santuario se pregunta si no caerá al atravesar su umbral, herido por el vértigo y desnucado. Convencido por su propia turbación, se detiene, respeta la tierra, el pueblo, la ciudad que vive bajo la protección del sacerdote. Si la fogosidad animal de las causas ó de los apetitos primitivos le ha empujado al asesinato y al robo, más tarde, luégo de haberse

degollado ó fugitivo, no quedaban mas que los esclavos; y aun era necesario correr tras sus huellas, pues reducidos al estado de acémilas, desaparecieron de la historia, tal hubiera sido la suerte de Europa, si el clero no hubiese prontamente reducido á los brutos feroces que de ella se habían apoderado.

Delante el obispo de dorada capa, delante el monje «vestido de pieles, flaco,» lívido, «más puerco y más cubierto de manchas que un camaleón,» como dice de Montalembert en los *Monjes de occidente*, el germano convertido tiene tanto miedo como si

saciado, en los días de desgracia ó de enfermedad, por los consejos de su concubina ó de su mujer, se arrepiente, restituye el doble, el décuplo y al céntuplo, prodiga las donaciones y las inmunidades. —Ejemplo de ello Chilperico gracias á los consejos de Fredegonda.—De esta suerte guardaba y ensanchaba el clero por todo el territorio esos asilos para los vencidos y para los oprimidos.

Por otra parte, entre los melenudos jefes guerreros, al lado de reyes vestidos de pieles, el obispo mitrado y el abate de esquilada frente toman asiento en las asambleas; son los únicos que manejan la pluma, los únicos que saben discurrir. Secretarios, consejeros, teólogos, toman parte en los edictos, tienen la mano en el Gobierno, trabajan por su in-

tervención en poner un poco de orden en el desorden inmenso en que viven, en hacer la ley más racional y más humana, en restablecer ó en mantener la piedad, la instrucción, la justicia, la propiedad y sobre todo el matrimonio. Ciertamente á su ascendente debemos la organización social, intermitente, incompleta, que hizo que Europa no fuera una anarquía mongola. Hasta últimos del siglo XII si el clero pesa

sobre los príncipes, es sobre todo para refrenar en ellos, y por debajo de ellos, los apetitos brutales, las rebeliones de la carne y de la sangre, las reincidencias y los excesos de un salvajismo que desmoralizaban á la sociedad.

Sin embargo, en sus iglesias y en sus conventos, conservaba las antiguas adquisiciones del género humano, la lengua latina, la literatura y la teología



Consagración de Luis XVI

cristiana, una parte de la literatura y de las ciencias paganas, la arquitectura, la escultura, la pintura, las artes y las industrias que servían al culto, las industrias más preciosas que dan al hombre el pan, el vestido y la habitación, y sobre todo la mejor de las adquisiciones humanas y la más contraria al genio vagamundo del bárbaro salteador y perezoso, quiero decir el hábito y el gusto del trabajo. En los campos despoblados por el fisco romano, por la revolución de los Bagaudas, por la invasión de los germanos, por las correrías de los bandidos, construyó el monje benedictino su cabaña de ramas entre zarzas y espinos; á su alrededor grandes espacios antes cultivados, no eran entonces mas que desiertas malezas. Con sus compañeros, rompe y construye;

domestica á los animales semi-salvajes, establece una granja, un molino, una forja, un horno, talleres de calzado y de vestidos. Según su regla, lee cada día dos horas; trabaja durante otras siete con sus propias manos, y no come ni bebe mas que lo estrictamente necesario. Por su inteligente y voluntario trabajo, ejecuta concienzudamente y marcha en vista del porvenir, produce más que el laico. Por su régimen sobrio, concentrado, económico, consume menos que el laico. Así resulta que allí donde el laico fracasaba él se sostenía y prosperaba. Recogía á los miserables, los alimentaba, los ocupaba y los casaba; mendigos, vagamundos, campesinos fugitivos afluían al rededor del santuario. Así por grados su primitivo campamento se convierte en un caserío,